
Samuele Mazzolini es investigador en la Università Suor Orsola Benincasa di Napoli. Anteriormente, fue investigador en la Universidad de Calabria y docente en la Universidad de Bath (Reino Unido). Tiene un doctorado y una maestría en “Análisis de la ideología y del discurso” de la Universidad de Essex (Reino Unido), un MPhil en “Estudios latinoamericanos” de St. Antony’s College, Universidad de Oxford (Reino Unido), y una licenciatura en “Economía y política” en la Escuela de Estudios Orientales y Africanos (SOAS), Universidad de Londres (Reino Unido). Su investigación se ha centrado en el pensamiento de Ernesto Laclau, con especial referencia a las nociones de populismo y hegemonía, publicando varios artículos al respecto.

Contact: smazzolini@libero.it

EMPATE HEGEMÓNICO Y DERROTA EN ALARGUE. SOBRE LAS RAÍCES DE LA EXTRAÑA TRANSICIÓN CORREA-MORENO EN ECUADOR¹

Samuele Mazzolini

Università Suor Orsola Benincasa – Napoli

HEGEMONIC TIE AND SUFFERING DEFEAT. ON THE ROOTS OF THE ODD CORREA-MORENO TRANSITION IN ECUADOR

Resumen

El viraje político de Lenín Moreno, delfín del anterior presidente ecuatoriano Rafael Correa, fue un evento político inesperado. Sin embargo, este giro no se dio en el vacío. Basándose en el concepto de “empate hegemónico” de Portantiero, el texto argumenta

¹ Fecha de recepción: 19 de febrero 2022; fecha de aceptación: 8 de abril 2022. Este trabajo es fruto de un proyecto de investigación desarrollado en la Università Suor Orsola Benincasa (Napoli).

que, tras múltiples éxitos electorales, cierta nivelación entre el bloque correísta y sus adversarios socio-políticos actuó como telón de fondo de esta extraña transición. En particular, el impase político se produjo tanto por la incapacidad del correísmo de ejercer un papel dirigente en la sociedad, como por el recobrado activismo por parte de la derecha ecuatoriana, favorecido por sus ventajas estructurales. Finalmente, la Revolución Ciudadana se demostró incapaz de disputar una guerra de posiciones y reformar capilarmente el sentido común del país, lo cual facilitó el tramposo cambio de camiseta de Moreno, allanando así el camino de regreso al neoliberalismo.

Palabras clave

Rafael Correa, Ecuador, hegemonía, guerra de posiciones, populismo.

Abstract

The political turn of Lenín Moreno, heir apparent of the previous Ecuadorian president Rafael Correa, was an unexpected political event. However, this change of direction did not take place in a vacuum. Based on Portantiero's concept of "hegemonic tie", the text argues that, after multiple electoral successes, a certain levelling between the correísta bloc and its socio-political adversaries acted as a backdrop for this odd transition. In particular, the political impasse occurred thanks both to the inability of correísmo to play a leading role in society and to the recovered activism on the part of the Ecuadorian right, favoured by its structural advantages. Finally, the Citizens' Revolution proved incapable of disputing a war of positions and of a capillary reform of the country's common sense, which facilitated Moreno's tricky change of shirt, thus paving the way back to neoliberalism.

Keyword

Rafael Correa, Ecuador, hegemony, war of positions, populism.

En un artículo relativo a la situación política y económica argentina entre la elección a presidente de Arturo Frondizi en 1958 y la vuelta de Juan Domingo Perón en 1973, el sociólogo Juan Carlos Portantiero (1977) acuñó la expresión “empate hegemónico”, de derivación gramsciana. Con dicho lema, el estudioso argentino quería describir una situación en la que fuerzas políticas contrapuestas no logran imponer su visión en un determinado contexto, aunque mantengan la capacidad de vetar los proyectos del contrincante. Este tipo de escenario, aun sin ser “catastrófico”, engendra una inestabilidad, un desorden social, caracterizado por continuos boicots mutuos, zigzagueos políticos y, en definitiva, la falta de una brújula capaz de orientar establemente una formación social; es decir, para seguir empleando una terminología gramsciana, una incapacidad generalizada de presentar los intereses de una parte como voluntad colectiva y así reformar el sentido común, organizando la sociedad bajo determinados principios normativos.

En este texto sostengo que el “empate” de Portantiero es una herramienta que nos proporciona pautas preciosas para entender la crisis de Rafael Correa en los años anteriores a las elecciones presidenciales ecuatorianas de 2017 y, de tal manera, las condiciones que, aun sin explicarlo directamente, hicieron posible el surgimiento de lo que ha venido a llamarse “el morenato”, es decir el cuatrienio en el poder de Lenín Moreno, el otrora delfín político del expresidente. Pues la categoría impolítica de traición, a menudo invocada para explicar el inesperado giro de Moreno hacia un neoliberalismo de corte autoritario (Ramírez Gallegos, 2020), si bien da cuenta de un viraje paradójico y sorpresivo, no agota todas sus determinaciones. Sobre todo, este tipo de explicación oculta el telón de fondo sin el cual no hubiera sido posible esta transición, que aquí, extendiendo la analogía futbolística, toma el nombre de derrota (con trampa, claro está) en alargue.

El presente artículo se concentra en particular sobre las dinámicas de los últimos cuatros años de gobierno de Rafael Correa. Desde el punto de vista de la correlación de fuerzas, lo que se presenta como un verdadero rompecabezas es el siguiente: en 2013 Correa ganó las elecciones en primera vuelta con el porcentaje más alto en la historia republicana del país (57.17%) y con una amplísima mayoría parlamentaria, consolidando su proyecto de refundación estatal que se venía gestando desde 2007. Apenas poco más de cuatro años después, y a pesar de que su sucesor designado y primer vicepresidente en el periodo 2007-2013 hubiese ganado en las presidenciales de 2017, Correa era prófugo de la justicia ecuatoriana, su otro ex vicepresidente e inicial vicepresidente del mismo Moreno, Jorge Glas, tras las rejas, y su proyecto en evidente repliegue.

En concreto, el rumbo socio-económico anterior había sido desvirtuado en apenas pocos meses, con el regreso de una economía fondomonetarista, inspirada por la lógica de la austeridad y la disminución del rol del Estado (Arias & Chiriboga Tejada, 2020). Más allá de los relatos exoticistas («ciertas cosas pasan sólo en América Latina»), el impacto de la crisis económica a partir del 2015 sobre la popularidad de Correa es una variable a tomar en cuenta, pero de por sí insuficiente para aclarar los rasgos de un revés hegemónico tan marcado. La apuesta de este texto es demostrar cómo y porqué el bloque correísta se debilitó durante el último mandato, produciendo una situación de empate y favoreciendo, en definitiva, su derrota.

¿Cómo se llega al 2013? Una caracterización del bloque correísta

Un breve recorrido histórico es menester para caracterizar el bloque correísta en cuanto fenómeno político que irrumpió aparentemente *ex nihilo* en el escenario ecuatoriano y entender cómo se llega al fatídico 2013. Desde algunos sectores del marxismo, se han empleado las categorías gramscianas de revolución pasiva y bonapartismo (o cesarismo) para describir la marea rosa populista. Massimo Modonesi (2017, pp. 97-98) se ha hecho portavoz de esta interpretación a escala continental al identificar que los cambios socio-políticos de corte progresista ocurridos en América Latina a partir del fin del siglo anterior fueron conducidos desde arriba, incorporando las clases dominantes, y sobre todo fomentando o aprovechando una desmovilización de los movimientos populares, tanto mediante la cooptación (transformismo) como el control social. En el contexto ecuatoriano y ahondando en esta línea, Mario Unda (2019) ha recalcado que Correa se propuso como un árbitro sin vínculos orgánicos con la sociedad, acaparando los recursos del Estado para generar un poder personalizado, aunque, como bloque de poder, supuso una alianza entre la clase media “reflexiva” y fracciones del capital monopólico y transnacional.

Si bien esta veta analítica logra esclarecer muchas de las dificultades de los procesos populistas, resulta problemático el supuesto según el cual estos habrían impedido un desemboque socialista, o más nítidamente emancipador, adscrito a las organizaciones populares. En efecto, la categoría de bonapartismo conlleva necesariamente que, en el choque entre una fuerza A y una fuerza B que puede resultar catastrófico para ambas, surge una fuerza C liderada por una figura carismática, a menudo vinculada con el ejército, capaz de sujetar las otras dos (Gramsci, 1986, pp. 102-103). El problema de la apli-

cación de estas categorías a la marea rosa, incluso pasando por alto el elemento militar que en el caso ecuatoriano resulta del todo ausente, es que los bloques nacional-populares no son terceros con respecto a la disyuntiva entre neoliberalismo y anti-neoliberalismo, o entre élites dominantes y masas populares, ni se estrenan en el espacio público como aglutinadores oportunistas de -ismos.

Con respecto al escenario bajo la lupa, cabe señalar que hasta 2007 la larga tradición de protesta popular que antecedió la llegada del correísmo, si bien logró encaminar una distinta correlación de fuerzas y trastocar el sentido común neoliberal, nunca fue una opción real de poder, con la parcial y progresivamente menguante excepción del movimiento indígena, cuya reputación se vio quebrada por la aciaga participación de Pachakutik en el gobierno de Lucio Gutiérrez. En este sentido, el correísmo puede ser legítimamente considerado como la cristalización ambigua, espuria, paradójica, pero a fin de cuentas real de aquellas reivindicaciones. Dicho de otro modo, los bloques populares en América Latina fueron la forma concreta en que el espíritu anti-neoliberal se reverberó en un plano electoral e institucional. Esto ocurrió tanto a nivel de grupos y personajes del mundo de la protesta social como de demandas desatendidas por el Estado neoliberal, lo cual invita a una lectura distinta y más compleja de la dinámica de la incorporación de los movimientos populares, donde convivieron convergencia y cooptación². Por lo tanto, el hecho de ser “advenedizo” con respecto a la política tanto electoral como “de movimiento” no hace de Correa un actor ajeno a la tensión anti-neoliberal que se venía gestando en el país desde dos décadas atrás. De hecho, no había en 2007 un anti-neoliberalismo más genuino y con proyección de poder por afuera del populismo progresista, pues el ciclo de la protesta estaba claramente agotado. En definitiva, se hace difícil afirmar que el correísmo constituyó una mediación bonapartista entre un actor popular progresivo A y un actor elitario regresivo B.

Esto desde luego no implica adoptar una postura condescendiente ante las actuaciones del correísmo, sino conceptualizar todo proceso concreto como una encarnación que siempre excede el meollo de sus intenciones y de sus impulsores iniciales. Por eso, vale recalcar que cierto nivel de incorporación de segmentos sociales heterogéneos, y, por ende, de demandas y de visiones del mundo distintas, es connatural a la propia idea de hegemonía de Gramsci, la cual presupone la edificación de un bloque histórico que trascienda el espíritu corporativo del sector que lo encabeza³. Además, si de síntesis se

2. Sin embargo, hay que reconocer que el caso ecuatoriano fue diferente de otras experiencias latinoamericanas en las cuales los movimientos populistas que llegaron al poder mantuvieron un pie en el gobierno y otro en la sociedad, preservando y a veces robusteciendo el vínculo con las organizaciones populares.

3. Aquí la caracterización de clase del correísmo propuesta por Unda está fuera de foco al sostener la ausencia del elemento

puede hablar, habrá que hacerlo a partir de la intemperie económica, política y mediática a la cual cada experimento de cambio político es sometido y que lo obliga a recorrer caminos imprevistos, hechos de concesiones y vaivenes. La tesis del bonapartismo se podría sostener ante una fuerza que efectivamente carece de una línea política definida, y que hace del equilibrismo político y de la restauración su único sello distintivo. Finalmente, dicha tesis es deudora de un inmediatismo clasista que adolece de no concebir la necesidad de la representación en todo proceso de construcción política, y de soslayar intentos democratizadores más que no sean la instauración directa del socialismo.

Más útil será en cambio conceptualizar el campo nacional-popular a partir de la articulación de aquellas inquietudes y reivindicaciones que, por medio de las movilizaciones populares de los años 90 y 2000 y representadas por un abanico de actores sociales distintos, se fueron incubando en la sociedad ecuatoriana a raíz de la profundización de las políticas de corte neoliberal. Podemos definir la fase anterior a la entrada en escena de Correa en términos de expansión de la fase horizontal de la política (Laclau, 2014, pp. 19-20), es decir, una multiplicación de quejas y de fuerzas cuestionadoras del *status quo*, que se presentaban aún de una forma desparramada, inorgánica y esporádica, y cuyos planteamientos privilegiaban la dimensión destituyente, sin que se avizorara aún un proyecto unitario y coherente. En este esquema, la apuesta de Correa representaría en cambio la dimensión vertical de la política, o sea el momento de condensación de las demandas en un proyecto de “asalto” al Estado alrededor de una figura o de un significativo que ejerce una fuerza de atracción irresistible sobre las mismas. Ernesto Laclau (2005) captura este proceso con las nociones de “cadena equivalencial” y “significante vacío”, según las cuales se determina una analogía, una correspondencia entre demandas heterogéneas con respecto a un adversario común y cuya articulación pasa por un punto de anclaje, a menudo representado por un líder, que atenúa sus diferencias.

Sin embargo, al enfocarse en el populismo como práctica meramente opositora, la teoría de Laclau pierde capacidad explicativa en el momento en que el campo nacional-popular se convierte en Estado. En el caso ecuatoriano, el populismo progresista ecuatoriano casi ni transitó por la oposición, pasando de la formación del movimiento Alianza País al control del ejecutivo en el breve lapso de la campaña electoral de

subalterno, cuya presencia se ha hecho en cambio manifiesta en el simbolismo político adoptado por Alianza País (el partido de Correa) y sus líderes, en las políticas públicas de atención prioritaria a las capas más vulnerables, en la incorporación en el sector público de grupos desfavorecidos y en la composición del voto correísta. Si bien es cierto que éste ha sido históricamente más transversal que el de otros populismos de izquierda de la región (Moncagatta & Safranoff, 2013), no se puede subestimar el peso de las clases populares. Según datos elaborados por Javier Rodríguez (2020), en el año 2019 el ingreso mensual del hogar del 55% de los votantes correístas no rebasaba los 350 dólares.

2006, lo cual produjo consecuencias no menores en términos organizativos y de maduración ideológica. Además, terminada la fase de contestación y ya en el poder, la dimensión de equivalencia se erosionó rápidamente. La presión por atender las demandas, aun siendo el contexto inicialmente bastante holgado gracias a la bonanza petrolera, impuso al ejecutivo una mayor dosis de pragmatismo para sostener el campo social construido. Mientras las demandas articuladas no confligían en el discurso, la economía política y las naturales dificultades asociadas a la gestión de gobierno evidenciaban que en su concreción existe efectivamente una tensión, y el ejecutivo tuvo que privilegiar aquellas demandas de alcance mayoritario (como en el caso de las políticas sociales y de renovación infraestructural del país), sacrificando en cambio las que eran percibidas como de menor proyección (como en el caso de las cuestiones ambientales, ligadas también a varias reivindicaciones indígenas) (Mazzolini, 2021, pp. 101-102). La jerarquización de las demandas fue el preludio al resquebrajamiento de la cadena. Es justamente en el conflicto entre Correa y los sectores ambientalistas e indigenistas culminado con la constitución de una alternativa de izquierda de cara a las elecciones de 2013 que se puede identificar el primer caso de desarticulación. Este, sin embargo, no tuvo mayores consecuencias, ya que la oposición de la Unidad Plurinacional de las Izquierdas al “neo-desarrolismo” de Correa no logró consolidar una alternativa capaz de arrebatar demandas de mayor importancia al bloque correísta. Sumado al desbarajuste de las otras fuerzas políticas, eso hizo posible que en 2013 Correa se impusiera abrumadoramente en los comicios de febrero: gracias a sus políticas de redistribución, de modernización infraestructural, de renovación estatal y las osadías en política exterior, su llamado a la recuperación de la Patria, otro significativo central de alta porosidad discursiva de la Revolución Ciudadana⁴, encontraba aún plena justificación ante los ojos de los ecuatorianos.

Pero no es oro todo lo que reluce. En paralelo a la ruptura con las vertientes ambientalistas e indigenistas, durante este periodo también cobraron fuerza unas dinámicas que ya preludivan lo que habría sucedido en el mandato sucesivo. Podemos identificar cuatro de ellas: un proceso de enfriamiento de las relaciones con otros actores sociales

4. El significante Patria fue uno de los puntos nodales más polisémicos y ricos de distintas implicaciones dentro de la cadena populista articulada por Correa. Hablar de Patria permitió hacer referencia a la redención de las capas más rezagadas del país, al degrado moral de las instituciones públicas, a la soberanía nacional cedida por los sectores “entreguistas”, a los antecedentes históricos de liberación (Manuela Sáenz por un lado, y Eloy Alfaro y la Revolución Liberal por otro), al dramático éxodo migratorio de los ecuatorianos tras la crisis económica de 1998-99, a la necesidad de reavivar un mercado interno deprimido. En este sentido, fue un significante que, al seducir públicos distintos por distintas razones, logró cementar una alianza transversal, desde los sectores más pobres de la sociedad hasta la clase media y los intelectuales preocupados por el lamentable estado en que yacía el país.

que, aun sin apartarse de la esfera del oficialismo, empezaron a expresar insatisfacción por el rumbo del gobierno; como corolario de la anterior, la progresiva negligencia por parte del ejecutivo hacia algunas de las demandas sociales que tuvieron gran importancia en la forjadura del relato correísta inicial; el cese de la deliberación colegiada dentro del propio ejecutivo, lo cual tuvo como manifestaciones más evidentes el protagonismo sin frenos de Correa y su tendencia a relevar frecuentemente los ministros; y finalmente la consolidación de Alianza País como puro instrumento electoral sin capacidad de inserción en la sociedad.

El capitán fuerte de un equipo débil. Hiper-liderazgo y falta de contra-hegemonía

La imagen exitosa del correísmo comenzó a verse mermada desde las elecciones seccionales de 2014. Hasta ese momento, Correa se había hecho con toda contienda electoral, entre comicios presidenciales, legislativos, seccionales y aquellos relativos al proceso constituyente. El revés de 2014, ocurrido apenas un año después de la contundente victoria mentada anteriormente, era limitado, ya que Alianza País seguía siendo con creces la mayor tienda política del país, pero la pérdida de dos alcaldías tan importantes como la de Quito y Cuenca, entre otras señales, indicaba nítidamente un creciente desafecto. Las palabras en caliente de Correa señalaban que sí había conciencia de las dificultades relativas al movimiento de gobierno: «Creo que estamos cayendo en el sectarismo. No me puedo ocupar del día a día del movimiento, pero creo que ese sectarismo nos está pasando factura» (El País, 2014).

En cierta medida, el análisis daba en el blanco. El ensimismamiento de Alianza País resultaba pernicioso a nivel local, aunque pronto esta dinámica se demostraría nociva también en el plano nacional. Pero la lectura era también incompleta y, en cierto modo, problemática: por un lado, el hecho de que el presidente pensase que para el buen funcionamiento del movimiento hubiera tenido que ocuparse él en el día a día revelaba no solo la endebles constitutiva de esa organización política, sino una concepción patrimonial de la misma; por otro, no se leía entre las líneas que Alianza País no se había atascado solamente por la incapacidad de fichar unos cuantos caciques locales de cara a las elecciones seccionales (quienes ya reivindicaban el reconocimiento de su peso político por lo menos en las disputas territoriales), sino por la dificultad de apuntalar la Revolución Ciudadana en un plano que trascendiese lo electoral.

La cuestión estriba en que Alianza País siempre funcionó como una junta electoral interna que, de la mano con el eficaz aparataje mediático del gobierno situado en la Secretaría de Comunicación, se congregaba para seleccionar candidatos y “dictar línea”, en un plano meramente comunicacional, frente a los procesos electorales. Sin embargo, el frenesí de la acción de gobierno y el enfoque electoralista no fueron de la mano con una acción contra-hegemónica capaz de conducir una pedagogía capilar en todo el territorio. Sin un trabajo más articulado y sutil, los éxitos electorales corren el riesgo de resultar efímeros en el mediano plazo. Tanto por la falta de un periodo de gestación en la oposición como por la escasa conciencia que había de la importancia de estas tareas, no se llevó a cabo un proceso de politización profundo en la sociedad, no se promovió un debate intelectual que incorporase nuevas capas a la vida pública nacional, no se fomentaron en paralelo tendencias culturales y artísticas que acompañasen el proceso de cambio. El movimiento siguió siendo un movimiento líquido, una plataforma electoral, sin convertirse jamás en un partido, con sus conferencias, sus debates internos, su selección paulatina de una clase dirigente de calidad e ideológicamente sólida, sus organizaciones satélites, su modelo de sociedad alternativo. La elección después de diez años de gobierno de un sucesor a la presidencia que luego se reveló del todo ajeno a los ideales de la Revolución Ciudadana representa el cenit de estas falencias. Sin un trabajo pedagógico y difuso, se imposibilitó que entre líderes y liderados se construyese una relación hegemónica, de retroalimentación constante y con repercusiones de largo alcance. En términos de espacialidad, faltó una estrategia que fuese más allá de lo electoral, dando la pelea a la hegemonía neoliberal en todas las “trincheras” de la sociedad civil, y en todas las aristas más recónditas que estructuran y orientan las decisiones, las costumbres, el deseo: en una palabra, la *hexis* de los sujetos.

La carencia de un trabajo contra-hegemónico se vio plenamente revelada en 2015, en ocasión del debate sobre la Ley de Herencias y Plusvalía impulsada por el gobierno. Las masivas protestas organizadas por la derecha lograron convocar también sectores medios que paradójicamente se habían beneficiado de las políticas del ejecutivo y que no habrían sido ni afectados por las medidas previstas. El dato analítico más relevante acá es la incapacidad de incidir desde el poder en el plano de la subjetividad: «más allá de la bajísima probabilidad de que este sector logre pertenecer a la selecta minoría de los más ricos, en su movilización contra la “medida marxista” dejó ver su enorme expectativa de llegar algún día a integrarla, cual zanahoria en una carrera de conejos» (Ramírez & Minteguiaga, 2019, p. 370). El nivel de la movilización fue tal que el proyecto tuvo que ser desechado (solo una mínima parte se aprobó el año siguiente). Es justamente

aquí donde la noción de empate hegemónico cobra sentido: el correísmo seguía en el poder, controlaba el Estado y tenía aún un fuerte séquito electoral, pero el adversario ya demostraba la capacidad de boicotear uno de sus proyectos más emblemáticos y azuzar uno de sus bastiones sociológicos.

Sin embargo, el empate no solo consistió en el boicot abierto, sino en mecanismos colaborativos que se fueron afianzando a raíz de la debilidad del gobierno, conduciendo a un descarrilamiento de su orientación política inicial. Un ejemplo relevante en este sentido es la forma en que la política económica fue progresivamente apartándose de los preceptos iniciales. A partir de 2015, la crisis económica puso el gobierno en aprietos. Terminada la bonanza económica de la primera etapa y con el dólar en alza, Correa se vio enfrentado a disyuntivas más dilemáticas que en el pasado. Mantener un curso heterodoxo hubiera implicado una profundización del proceso; más claro: la implementación de medidas más drásticas que habrían afectado las élites económicas. No solamente una reforma tributaria más profunda que la del 2010 (y mucho más abarcadora de la que se propuso en la Ley de Herencia y Plusvalía), sino un dirigismo estatal-popular mucho más marcado capaz de encauzar una diversificación sustancial de la matriz productiva. Pero este tipo de maniobra política hubiera necesitado de un músculo político en la sociedad del cual el gobierno estaba desprovisto. Más bien se consolidó la tendencia opuesta. En realidad, las relaciones entre gobierno y sector empresarial, si bien atravesaron momentos de honda tensión, siempre fueron más colaborativas de lo que dejaban entrever las proclamas públicas de ambos lados. De hecho, la colaboración entre el gobierno y varios segmentos del sector empresarial nacional se dio a puertas cerradas desde el principio debido a la relativa debilidad de los dos actores (Bowen, 2014, p. 108). En particular, el sector empresarial, aun manteniendo un fuerte poder estructural, o sea un impacto decisivo sobre los índices económicos generales, fue despojado de su poder instrumental, es decir, de su capacidad para influir directamente en la formulación de políticas, viéndose por ende obligado a buscar acercamientos (Fairfield, 2015, pp. 28-42). Pero si en un primer momento esta dinámica se debía y estaba encaminada hacia una consolidación del campo nacional-popular convertido en Estado, después de 2013 la colaboración con las élites económicas se intensificó significativamente por la creciente vulnerabilidad del gobierno ante los choques externos, incluido un preocupante déficit comercial (Wolff, 2018, pp. 133, 138). Esto se tradujo en una progresiva normalización del proceso y en una retractación en muchos frentes, desde el TLC primero adversado y luego aprobado, pasando por un redimensionamiento de la intervención estatal, hasta el reaceramiento de Correa al FMI.

La crisis económica hizo además el paraguas más estrecho, lo cual supuso —razonando en términos de clase— el quiebre de la alianza transversal, donde el punto débil fue justamente la clase media, puesto que las élites, más allá de la colaboración puntual, jamás apostaron por Correa, con la excepción de algunos grupos volcados al mercado interno que fueron beneficiados por las compras públicas. Transformando el razonamiento en términos de demandas, se hace posible un desglose. Por un lado, aparecieron nuevas demandas que el discurso de la Revolución Ciudadana ya no lograba interceptar: el empoderamiento económico de la clase media, sin una adecuada mediación cultural, hizo que se acrecentara su deseo de consumo en un momento de crisis⁵, viéndose atraída por otros idearios políticos y colocando sus aspiraciones por afuera del campo nacional-popular. Por otro lado, algunas de las demandas históricas del discurso correísta ya no tenían una satisfacción adecuada, lo cual las convertía en puntos débiles aprovechables por otras fuerzas políticas. La promesa de despolitizar el Estado, por ejemplo, fue ampliamente desatendida, mientras se fue bajando la guardia sobre los casos de corrupción, relegando las denuncias de la prensa (ciertas o falsas que fuesen) a mera propaganda. El tema de la politización del Estado es de particular interés puesto que tuvo repercusiones particularmente nefastas para el ejecutivo. Además del control de funciones ajenas al ejecutivo que, según la Constitución aprobada por la misma Revolución Ciudadana, eran nominalmente independientes, Correa llenó el Estado de tecnócratas provistos de PhDs o maestrías, provenientes del sector académico u otras profesiones. Según algunos comentaristas, este “tecno-populismo” —una novedad a su decir para gobiernos de esta índole— hizo que «con Correa, el populismo se convirtiese en elitismo» (de la Torre, 2013, p. 39). Si bien desde una óptica contra-hegemónica presidir el campo del discurso técnico juega un papel importante, también es cierto que casi ninguno de estos expertos tenía vínculos políticos con las comunidades locales o representaba demandas sociales reales. He aquí una profunda paradoja: la “politización” del Estado llevada a cabo por Correa fue posiblemente un acto “anti-político”, ya que fue percibido por muchos sectores como la otra cara de la moneda del proceso de distanciamiento de los actores vivos de la sociedad.

5. El deseo de consumo también se veía restringido por algunas medidas proteccionistas del gobierno que encarecían los productos de importación. Éstos adquirirían, ante los ojos de estos sectores, un significado de altísimo valor simbólico: el acceso a la clase social inmediatamente superior. En relación al ejemplo de la Nutella que tuvo eco en un periódico nacional, según Correa (2019, p. 273) la aspiración de consumirla atañía exclusivamente a la clase más alta. Quedan patentes dos elementos: su incomprensión del problema de la clase media y, por implicación, la desestimación de la necesidad de un trabajo cultural que mediase su ascenso social (propiciado por las propias políticas del gobierno).

Así fue emergiendo una creciente asimetría entre las demandas reales y el discurso oficial, haciendo de la identidad popular forjada «una *langue de bois* inoperante que gobierna cada vez menos el funcionamiento efectivo de la política» (Laclau, 2009, p. 68). Esta distancia era corroborada por el papel jugado por el propio Correa. El tipo de liderazgo ejercido se modificó sensiblemente a lo largo de los años, pasando de una función aglutinante y con capacidad de atracción sobre frustraciones heterogéneas —muchas de ellas probablemente inalcanzables por un discurso de izquierda clásico— a una imagen en buena medida enajenante. La presencia y la ambición de un jefe no son necesariamente antitéticas a la posibilidad de una construcción política hegemónica y duradera; sin embargo, todo depende de cómo se interprete ese rol. En un pasaje que parecería no haber sido leído por Correa, Gramsci afirma que:

El “demagogo” de tipo negativo se presenta a sí mismo como insustituible, crea el desierto en torno suyo, sistemáticamente destruye y elimina a sus posibles competidores, quiere entrar en relación con las masas directamente (plebiscito, etcétera, gran oratoria, golpes de escena, aparato coreográfico fantasmagórico: se trata de lo que Michels ha llamado “jefe carismático”). El jefe político de gran ambición, por el contrario, tiende a suscitar un estrato intermedio entre él y las masas, a suscitar posibles “competidores” e iguales, a elevar el nivel de capacidad de las masas, a crear elementos que puedan sustituirlo en la función de jefe. Piensa según los intereses de las masas y estos exigen que un aparato de conquista [o de dominio] no se arruine por la muerte o incapacidad del jefe único, volviendo a caer las masas en el caos y la impotencia primitiva. [...] si el jefe es de origen “carismático”, debe renegar de su origen y trabajar para hacer orgánica la función de la dirección, orgánica y con las características de la permanencia y continuidad (1984, pp. 82-83).

Merece una particular mención la actitud polarizadora que fue desplegada por Correa de manera creciente en su último mandato. Por la crisis económica y su impacto sobre las arcas fiscales, la lucha por los recursos se tradujo en una multiplicación de pleitos entre el gobierno y varios actores: fuerzas armadas, universidades, estructuras privadas asociadas al Estado, contratistas estatales. Pero fueron el despliegue arbitrario de la justicia y el ímpetu retórico zaheridor empleado en contra de quienes discrepaban con él incluso solo mordazmente los factores que hicieron que su antagonismo resultase contraproducente. Las enfurecidas arremetidas de Correa ante las viñetas irrisorias de

Boníl en el periódico El Universo, los memes satíricos del perfil de redes sociales “Crudo Ecuador” y las mofas del cómico inglés John Oliver en sus programas “Last Week Tonight” hicieron que la polarización del presidente fuera percibida como persecución. Esta intolerancia delataba una susceptibilidad a la crítica irónica, en una política de la literalidad que no admite la representación ficticia e hilarante. Más en general, si la polarización, es decir, la erección de una frontera amigo/enemigo, va de la mano con la articulación de demandas, su efecto es performativo, posibilitando la creación de identidades políticas con efectos concretos sobre el reparto de lealtades. Cuando, en cambio, el antagonismo es percibido como excesivo, arbitrario, punitivo y ajeno a las demandas existentes puede en cambio generar desidentificación. El continuo uso de contumelias y la propensión a soliviantar sus secuaces en Twitter en contra de un número creciente de enemigos agravó la incomodidad generalizada con respecto al clima polarizado que se respiraba en el país, abriendo la posibilidad de que la franja polarizadores/anti-polarizadores desplazase las antiguas líneas de división. No es una casualidad que la opción de Moreno, visto como un candidato conciliador e incluso algo alejado de Correa, resultase ingenuamente la mejor apuesta para la continuación de la Revolución Ciudadana, y que su popularidad inicial tras la elección se basase justamente en el lanzamiento del así llamado “diálogo nacional”.

La excesiva personalización del proceso tuvo otro cariz que mermó las pretensiones democratizadoras de la Revolución Ciudadana, contribuyendo a la mengua de su agarre hegemónico. Incluso en la interna, el liderazgo de Correa cambió de impronta. Si hasta el 2013 hubo cierto grado de incidencia por parte de los distintos sectores que se congregaron en Alianza País o que mantuvieron cierta cercanía al oficialismo, en el último mandato estos dejaron de tener cualquier tipo de influencia. Los tonos críticos empezaron a ser tratados como inútiles monsergas y cualquier intento de emprender otro camino tratado como un gesto de deslealtad. La preferencia del líder era por antonomasia la preferencia del bloque. En este sentido, fue muy significativa la reacción de Correa ante la moción impulsada en 2013 por tres asambleístas de Alianza País de despenalizar el aborto por violación en la reforma del Código Penal. Correa amenazó con dimitir y, tras el retiro de la propuesta, consiguió que las asambleístas involucradas fueran sancionadas por el propio movimiento. La participación, otra demanda inicialmente articulada por el discurso correísta, empezó a verse así no solo limitada a nivel institucional, pues los mecanismos instituidos por la misma Constitución se convirtieron en un adorno hacia el cual ya ni se ocultaba cierta irritación, sino también en un plano más informal, ya que el proceso de deliberación y de debate interno dejó de tener cualquier tipo de

relevancia. En cuanto a sus colaboradores, Correa desatendió la máxima maquiavélica según la cual es preferible «defenderse de las adulaciones» (Maquiavelo, 1993, p. 98), prefiriendo rodearse cada vez más de colaboradores acríticos, muchos de los cuales eran escogidos de redes clientelares costeñas (Ortiz Crespo, 2016) y cuyos nombramientos se apartaban visiblemente de lógicas progresistas. Todos estos fenómenos contribuyeron a reducir sensiblemente el potencial seductor de la Revolución Ciudadana: el plantel correísta era percibido como un equipo estático, débil y ensimismado en el cual solo había espacio para su capitán.

El activismo de la derecha y la “cancha inclinada”

Va cobrando cada vez más validez la tesis según la cual la derecha, en distintas partes del mundo, se habría vuelto más gramsciana que la propia izquierda. Con eso, se alude a su activismo en el plano de la guerra cultural, a menudo asociada con las prácticas de la derecha alternativa estadounidense (*alt-right*). Ecuador no ha sido una excepción en este sentido, aunque con distintos matices. En efecto, el empate no se produjo sólo por los deméritos del plantel correísta, sino también gracias al recobrado activismo de la derecha ecuatoriana en el campo de la sociedad civil. Al contrario del plano netamente político en el cual la derecha se demostró incapaz de superar sus divisiones y alegatos, la esfera cultural fue directamente impactada por diferentes intervenciones conducidas por distintos actores. No se trataría entonces de una operación coordinada, con un centro impulsor único, sino de una constelación de actores sociales heterogéneos. Su ahínco polémico se volcó principalmente en atacar algunas de las ideas rectoras de la Revolución Ciudadana, como la justicia social y el papel del Estado en la economía, y en defender la sociedad de sus presuntas amenazas, como la corrupción y el asalto a la democracia, amparándose en un discurso basado en los valores tradicionales y en las libertades fundamentales. Podría decirse que la derecha condujo una guerra de posiciones capaz de contrarrestar la ola de éxitos electorales de la izquierda, poniendo freno a la pérdida de consenso que el ideario conservador y neoliberal, en sus distintas vertientes, venía acumulando desde hace años.

La capacidad de persuadir e incluso movilizar activamente los sectores medios en ocasión del debate sobre la Ley de Herencias y Plusvalía demostró claramente el alcance exitoso de este activismo cultural. Otro ejemplo es la facilidad con la cual cundió el discurso anti-estatal tras el terremoto en Manabí de abril 2016, cuando la

reacción tardía del gobierno junto a una falta inicial de información prestó el flanco a una narrativa que ponía en evidencia las supuestas falencias de lo público (Ortiz Crespo, 2016). La rápida activación de redes solidarias por parte de la ciudadanía posibilitó en paralelo el despliegue de argumentos en favor de la auto-organización privada. Finalmente, el hecho mismo de que Moreno, algunos años más tarde, haya podido emprender su viraje sin mayores ataduras, desvirtuando así el resultado electoral, da cuenta no solamente del mediocre trabajo de construcción de una clase dirigente por parte del correísmo, sino también de cierto grado de legitimación de la agenda política que empezó a impulsar.

¿Pero cuáles son los actores específicos, quiénes son los intelectuales orgánicos que llevaron adelante este tipo de trabajo? En primer lugar, los medios de comunicación surgidos durante los años del correísmo. Mediante un periodismo de investigación no exento de tergiversaciones y de un opinionismo agresivo, se encargaron de fustigar cualquier actuación del gobierno de Correa, creando claves de lectura que entroncaban con el creciente desafecho hacia el presidente, y por ello capaces de moldear esta inconformidad. Es en este marco que se insertan portales como 4Pelagatos, Plan V y La Posta, los cuales, haciendo más hincapié en temáticas cotidianas como la corrupción, la seguridad ciudadana y el autoritarismo que en el fervor librecambista, supieron presentarse de manera novedosa y menos dogmática. Colindantes con estos nuevos medios, aunque de carácter menos reactivo y con mayor apego doctrinario, encontramos los think-tank, las ONG y las fundaciones de carácter liberal. Aquí destaca sin lugar a dudas Ecuador Libre, el think-tank presidido por el actual presidente ecuatoriano Guillermo Lasso y dirigido por Aparicio Caicedo, que cuenta con lazos internacionales de cierta importancia (como con el Instituto Cato y la Red Atlas), y cuya labor se centra en la elaboración de análisis socio-económicos y la organización de actos públicos (a menudo con huéspedes de fama mundial), de cursos de formación y de eventos divulgativos del ideario (neo)liberal. Trátase de una intervención más ilustrada y dirigida hacia un público ligeramente distinto, pero que fue igualmente eficaz para sentar una pauta ética y otorgar sentidos apropiables por una ciudadanía en busca de nuevas narrativas. En un plano no disímil, algunas universidades privadas, como la Universidad de las Américas y la Universidad San Francisco de Quito en la Capital, y la Universidad de Especialidades Espíritu Santo en Guayaquil, funcionaron como focos culturales muy activos en difundir y consolidar un mensaje liberal, a menudo jugando con la contraposición a las universidades públicas, concebidas como centros de inculcación “marxistoides”, y sirviendo también como canteras de la clase dirigente de orientación liberal. Finalmente,

a pesar del catolicismo de Correa, cabe señalar el activismo religioso de algunos sectores de la Iglesia católica, cuyo epicentro puede ser ubicado en la arquidiócesis de Guayaquil, así como de distintas iglesias evangélicas.

En paralelo, es menester enmarcar de mejor manera el trasfondo desigual en que se dio, facilitándola, esta arremetida cultural. Según algunos autores, la erosión de las instituciones democráticas por parte del populismo habría engendrado un fenómeno llamado “autoritarismo competitivo”, también conocido como efecto de la “cancha inclinada”, según el cual se crearía un campo de juego sesgado a favor de quienes ocupan el poder y en desmedro de la oposición, en un contexto de elecciones relativamente libres y de niveles de violencia en aumento, aun sin alcanzar los picos de las dictaduras militares (Levitsky & Loxton, 2013, p. 108). Es preciso dar un vuelco a esta interpretación: si bien numerosas medidas del gobierno de Correa demostraron cierta alergia al pluralismo, este se ve disminuido de manera más considerable por otros factores, y si de cancha inclinada se puede hablar, habrá que hacerlo a partir de las asimetrías existentes entre los distintos actores políticos. En primer lugar, la derecha cuenta en su conjunto con recursos y conexiones mucho mayores, que conforman un poder estructural que le permite viabilizar sus proyectos con mayor eficacia y holgura a través de distintas herramientas. Prueba fehaciente de esto es el control abrumador de los medios de comunicación tradicionales y de masas, con sus reverberaciones sobre el control del debate y de la agenda pública. Sin embargo, la cuestión trasciende el ámbito nacional y la persuasión simple y llana, configurando una cancha inclinada donde las disposiciones individuales (que no hay que confundir con las adhesiones políticas más explícitas y coyunturales) ya están, a través de técnicas tanto imperceptibles cuanto penetrantes, ahormadas según un claro proyecto político:

Se podría ceder pues a la tentación —cayendo en la trampa de una analogía engañosa— de esperar que un cambio de política, consecutivo a un cambio de gobierno, cree las condiciones de la construcción de este otro sujeto. Esto sería obviar que la reorientación producida por el neoliberalismo, aunque fuese voluntarista, no tuvo nada de una creación *ex-nihilo*. Se apoyó, sobre todo, en un movimiento de la economía mundial articulado con la nueva norma de la competencia, de tal manera que los sujetos quedaron como interiormente «sometidos» a dicha norma mediante múltiples técnicas de poder. Sería olvidar, además, que no se sale de una racionalidad o de un dispositivo mediante un simple cambio de política, al igual que no se inventa otra forma de gobernar a los hombres cambiando de gobierno (Laval & Dardot, 2013, p. 403).

El empate (preámbulo de la derrota en alargue) no se dio entonces solamente porque izquierda y derecha se dedicaron con distintos niveles de empeño y de éxito a la guerra de posiciones, sino también porque los esfuerzos de la derecha —y finalmente su capacidad de seguir influenciando la política— están agilizados por el hecho de que «el neoliberalismo puede volverse dominante como gubernamentalidad sin ser dominante como ideología» (Brown, 2005, p. 49).

Conclusión

Según Gramsci, «[u]n grupo social puede e incluso debe ser dirigente aun antes de conquistar el poder gubernamental...; después, cuando ejerce el poder y aunque lo tenga fuertemente en el puño, se vuelve dominante, pero debe seguir siendo también “dirigente”» (1999, p. 387). Con dirección, Gramsci se refiere a ese aspecto de la dominación que abarca la esfera del consenso, de la cultura y de la subjetividad, y que representa la faceta más novedosa de su aporte al concepto de hegemonía. Las movilizaciones anteriores al correísmo lograron poner en entredicho los dogmas del neoliberalismo, pero por su carácter aún inorgánico y particularista no plasmaron una opción política capaz de verticalizar dicho espíritu, ni postularon un grupo social como dirigente en el sentido gramsciano del término. La primera tarea fue asumida por Rafael Correa, quien supo recoger la heterogeneidad de inquietudes que albergaban en la sociedad ecuatoriana, dándoles un vector político y ofreciendo unos simbolismos capaces de coagularlas. Es por eso que cualquier lectura que pone el acento sobre la supuesta ajenidad de la Revolución Ciudadana con respecto al ethos anti-neoliberal, tratándola como tercera entre organizaciones populares y élites, soslaya su génesis, sus políticas y la conformación inicial de su grupo dirigencial. Ahora bien, la segunda tarea quedó incumplida. Aun llegando al poder, la Revolución Ciudadana nunca se preocupó por encauzar la sociedad hacia una reforma moral de profunda envergadura que revirtiese la gubernamentalidad imperante. Es más, en ciertos aspectos la agilizó, ya que «la excesiva atención a infraestructura y evolución de indicadores ha dejado un saldo negativo en la reversión del sentido común neoliberal antiestatal y antipúblico» (Minteguiaga & Carmel, 2016, p. 253). El grupo social congregado alrededor de la figura de Correa por tanto nunca llegó a ser realmente dirigente.

En efecto, la hegemonía de la Revolución Ciudadana no supo ir más allá de un prolongado agarre electoral, demostrando así su incapacidad de conducir una lucha amplia

y diferenciada en la sociedad civil, cultivar una base política genuina y, en definitiva, dar a luz a una hegemonía más capilar y sustentable. Esta deficiencia junto a un desgaste en parte fisiológico, en parte ligado a la figura polarizadora de Correa, hicieron posible que la derecha, recobrado su activismo en el plano socio-cultural, empatara la cuenta con el populismo progresista y se crease una situación de impasse. Es este el contexto que preludivió y posibilitó el viraje de Moreno y la derrota tramposa en alargue mediante el cambio de camiseta del nuevo capitán y buena parte de su equipo. Por supuesto, el hecho de que el candidato correísta Andrés Arauz aún saliera adelante en la primera vuelta de las elecciones de 2021 (siendo derrotado en la segunda vuelta por el contrincante de derecha Guillermo Lasso) no es insignificante, lo que demuestra la persistencia de esta identidad política. Sin embargo, el anti-correísmo, ideológicamente transversal, parece haber echado raíces también muy profundas, lo cual hace el regreso de la Revolución Ciudadana bastante improbable, invitando la izquierda ecuatoriana a una reconfiguración que trascienda la figura de Correa y su decenio en el poder. Si se quiere volver a abrir el partido, esta perspectiva, desaprovechada tras las intensas protestas de octubre 2019, se presenta como más actual que nunca.

Referencias

- Arias, L.A. & Chiriboga Tejada, A. (2020). La ruta al “paquetazo” y el retorno de la economía fondomonetarista al Ecuador. En F. Ramírez Gallegos (Ed.) *Octubre y el derecho a la resistencia. Revuelta popular y neoliberalismo autoritario en Ecuador* (pp. 169-193). Buenos Aires: CLACSO.
- Bowen, J. D. (2014). The right and nonparty forms of representation and participation: Bolivia and Ecuador Compared. En J.P. Luna & C.R. Kaltwasser (Eds.) *The Resilience of the Latin American Right* (pp. 94-116). Baltimore: Johns Hopkins University.
- Brown, W. (2005). *Edgework: critical essays on knowledge and politics*. Princeton: Princeton University Press.
- Correa, R. (2019). El proceso de transformación en Ecuador y los desafíos a futuro. En D. Filmus & L. Rosso (Eds.) *Las sendas abiertas en América Latina. Aprendizajes y desafíos para una nueva agenda de transformaciones* (pp. 269-293). Buenos Aires: CLACSO.
- Laval, C. & Dardot, P. (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa.

- de la Torre, C. (2013). El tecnopopulismo de Rafael Correa: ¿Es compatible el carisma con la tecnocracia?. *Latin American Research Review*, 48(1), 24-43.
- El País, (2014). *La derecha se impone en las ciudades más importantes de Ecuador*, 24 febrero, https://elpais.com/internacional/2014/02/24/actualidad/1393214239_507229.html.
- Fairfield, T. (2015). *Private Wealth and Public Revenue in Latin America: Business Power and Tax Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gramsci, A. (1984). *Cuadernos de la cárcel*, t. 3. México, D.F.: Ediciones Era.
- Gramsci, A. (1986). *Cuadernos de la cárcel*, t. 4. México, D.F.: Ediciones Era.
- Gramsci, A. (1999). *Cuadernos de la cárcel*, t. 5. México, D.F.: Ediciones Era.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2009). Populismo: ¿qué nos dice el nombre?. En F. Panizza (Ed.) *El populismo como espejo de la democracia* (pp. 51-70). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2014). *Los fundamentos retóricos de la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Levitsky, S. & Loxton, J. (2013). Populism and competitive authoritarianism in the Andes. *Democratization*, 20(1), 107-136.
- Maquiavelo, N. (1993) *El príncipe*. Barcelona: Altaya.
- Mazzolini, S. (2021) Rafael Correa and the Citizens' Revolution in Ecuador: A Case of Left-Wing Non-Hegemonic Populism. En P. Ostiguy, F. Panizza & B. Moffitt (Eds.) *Populism in Global Perspective. A Performative and Discursive Approach* (pp. 95-117). New York & London: Routledge.
- Minteguiaga, A. & Carmel, V. (2016). Deconstruyendo los paradigmas de la política social: reflexiones desde el Ecuador reciente. En M. Le Quang (Ed.) *La Revolución Ciudadana en escala de grises: avances, continuidades y dilemas* (pp. 207-257). Quito: Instituto de Altos Estudios Nacionales.
- Modonesi, M. (2017). *Revoluciones pasiva en América Latina*. México, D.F.: UAM, Unidad Azcapotzalco.
- Moncagatta, P. & Safranoff, A. (2013). ¿Quién apoya a la izquierda 'populista' latinoamericana?. *Revista Mexicana de Análisis Político y Administración Pública*, 2(1), 29-48.
- Ortiz Crespo, S. (2016). Ecuador: sismo, conmoción y ¿segunda oportunidad? Análisis de la coyuntura postterremoto, *Nueva Sociedad* [en línea]. <http://nuso.org/articulo/ecuador-sismo-conmocion-y-segunda-oportunidad/?page=>.
- Portantiero, J.C (1977). Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973. *Revista Mexicana de Sociología*, 39(2), 531-565.

- Ramírez Gallegos, F. (2020) (Ed.). *Octubre y el derecho a la resistencia. Revuelta popular y neoliberalismo autoritario en Ecuador*. Buenos Aires: CLACSO.
- Ramírez, R. & Minteguiaga, A. (2019). Ecuador insurrecto y lucha de clases: la dialéctica entre materialidad y subjetividad. En F. Ramírez Gallegos (Ed.) *Octubre y el derecho a la resistencia. Revuelta popular y neoliberalismo autoritario en Ecuador* (pp. 367-392). Buenos Aires: CLACSO.
- Rodriguez, J. (2020). *¿De qué polarización hablamos?*, <http://thevozz.com/de-que-polarizacion-hablamos/>.
- Unda, M. (2019). Correísmo y después: dos años y pico de morenismo. *Ecuador Debate*, 107, 9-22.
- Wolff, J. (2016). Business Power and the Politics of Postneoliberalism: Relations Between Governments and Economic Elites in Bolivia and Ecuador. *Latin American Politics and Society*, 58(2), 124-147.

